

Novatadas y bromas, la sencilla vida estudiantil en Colegio Civil

Estas anécdotas rescatadas del Arcón de los Olivos, relatan que existió un alegre grupo de jovencitos, ruidosos, peleoneros, discutidores, pero muy unidos, que por azares del destino se transformó, en un momento dado, en una elite de caballerosos estudiantes que, a finales de la década de los años cincuenta, trasciende la adolescencia, madurando durante su ciclo escolar de la generación 1956-1957 en la Escuela Preparatoria No. 1 del glorioso Colegio Civil, instalado en el sobrio y vetusto edificio monumental de la Universidad de Nuevo León.

POR FILEMÓN TREVIÑO TREJO

EL COLEGIO EXCÉLSIOR

Todos sin excepción se sentían, ellos, muy machos y conquistadores, y ellas señoritas sofisticadas y coquetas, inalcanzables por la jauría de lobos que las asediaban de tiempo completo, por ser apenas unas cuantas osadas que se habían atrevido a invadir los dominios masculinos de aquellos “Bárbaros del Norte”, enjambre de inquietudes juveniles que daba vida a la romántica placita del Colegio Civil de verde césped y hermosos jardines pletóricos de flores y tupidos árboles que marcaba una notoria diferencia con la conducta puritana de las alumnas del Colegio Excélsior, exclusivo para señoritas, erigido frente a la mencionada placita, lado norte.

Dirigido austeramente por un ejército de monjas, cubiertas de cabeza a los pies con un austero uniforme con el que, por lo largo, barrían el suelo,

crucifijo en mano, estrictas y ultra religiosas, sufrían por tener enfrente al Colegio Civil con sus desbocados preparatorianos; pero el colmo para ellas era tener como vecino, pared con pared, a la alegre nevería Acapulco, centro de reuniones de los jóvenes, donde la radiola a todo volumen tocaban sin cesar la estridente música de moda, mancillando el silencio espiritual del Colegio Excélsior.

Claro que había estudiantes juiciosos que destacaban por su visión y unidad, entre ellos, Manir González Martos, Rolando Guzmán Flores, Francisco Valdés Treviño, Jorge Galván, Leobardo Lozano Benavides y muchos más.

DON POLO URDIALES

A finales de la década de los cincuenta, el prefecto de la Preparatoria No. 1 del Colegio Civil, don Polo Urdiales, era el austero, rígido, temido y



El sobrio y vetusto edificio del Colegio Civil, escenario de las inolvidables anécdotas estudiantiles.

autoritario guardián del orden; se las sabia de todas todas, y decían que en lugar de lengua tenía un látigo. “¡Engarrótese ahí!”, nos gritaba furioso y todos parecíamos estatuas. Su disciplina era hitleriana, por lo cual le apodamos el “Nazi”. Una mañana, mientras formados hacíamos fila, don Polo, al frente, sacó su llavero para abrir el candado para entrar al salón de clases, pero lo que le llevaba unos cuantos segundos, se alargó por minutos, pues no podía abrirlo. Al observar por el cerrojo descubrió que estaba obstruido por pequeños clavos metidos a presión. “¿Quién fue el hijo de su tiznada m... que hizo esta chin....?”, gritó como sólo él sabía hacerlo. “¿Cuando lo descubra le voy a dar más cachetadas que besos al hijo de su abuela! Por ahora se suspende la clase, váyanse a la chin... mientras soluciono este desm...”. Todos corrimos en dirección al estadio porque había juego de futbol americano, por eso la ocurrencia de tapan el candado.

Luego, tras nuestro regreso a clases, don Polo nos esperaba en la puerta del salón donde nos hizo una “gloriosa” disertación de lo más folclórico de su aberrante lenguaje, diciéndonos: “hoy tengo cosas importantes que hacer, pero mañana ya verán la que les espera”. Al día siguiente, tras

abrir para que entráramos dijo: “regreso en un rato, ¿estamos hijos de su...?” Cuando regresó nos dijo: “ya casi se fueron todos los grupos, sólo quedan ustedes, así que vamos a ver de qué cuero salen más correas, ¿estamos? Los que no participaron en lo del candado, párense”. Sólo lo hicieron unos cuantos. “No quiero expulsar a inocentes, así que no le hagan al valiente solidario, los que no participaron, párense”. Transcurridos unos momentos lo hicieron varios más: “así me gusta, los árboles estorbosos ya no me impiden ver el bosque”, dijo don Polo, “ahora retírense a sus casas”. Sólo quedamos 12 alumnos, a los que dijo: “así si baila mi hija con el señor, aquí espérenme voy a cerrar el portón de la planta baja”. Cuando regresó se extrañó de no encontrar la mesa-escritorio y luego de preguntar que había sido de ella, alguien musitó: “no sabemos don Polo”. “Esto es el colmo de las chin... tramposos, truculentos, mentirosos”, decía mientras se paseaba como león encerrado por todo el salón. El sonido del cláxon de los automóviles resonaba por la calle 5 de Mayo y al asomarse para ver lo que sucedía, descubrió que la mesa-escritorio colgaba peligrosamente de la ventana del segundo piso, meciéndose de un lado para otro.

“En la mother”, gritó, “pero que pend... tan estúpida se les ocurrió, bola de imbéciles, van a matar a un transeúnte si eso llega a caerse”.

“No se cae”, musitó alguien, “la mesa está bien amarrada con alambre acerado a la silla del ‘Gordo’; y como pesa más de 100 kilos, hace contrapeso”. “¿Entonces todo ese desma... pende de las nachas de ese güey? A ver, vamos a organizarnos y solucionar esto, ustedes cuatro, empujen al ‘Gordo’ con su silla hasta la puerta, pues así la mesa subirá y desde aquí la agarramos, ¿estamos?”

Como los que empujaban al ‘Gordo’ sobre su silla batallaban, uno de ellos dijo: “no podemos don Polo, el peso de la mesa y los más de 100 kilos del ‘Gordo’ son muchos”.

Al oír esto, el ‘Gordo’, queriendo ayudar, se levantó y su silla se arrastró velozmente por todo el salón saliendo disparada por la ventana. La mesa se hizo pedazos al estrellarse contra la banquetta y la silla se incrustó en el techo de un automóvil. “Ya sacamos boleto”, gritó don Polo, “ahora sí nos va a llevar la chin... pronto”, le dijo a cuatro de los muchachos, “vayan ustedes por la mesa y escóndanla bajo las gradas del estadio y ustedes córranle y tráiganse la silla al salón, ustedes dos lleven escoba y bote de basura y barran muy bien la banquetta y la calle”.

Al bajar a la calle, don Polo revisó el carro y volteando para arriba preguntó: “¿cómo se ve la banquetta y el techo del auto?”, el Gordo contestó sonriente: “muy profundo” y don Polo enardecido le contestó: “métanse y cierren esas ventanas”.

Pasada media hora, ya en el salón, nos regañó luciendo lo más folclórico, pintoresco y florido de su aberrante vocabulario: “son unos desmadrosos ejemplares, si los hubiera tenido Hitler de generales, de seguro habría perdido más pronto la guerra; tanto desm... en tan poco tiempo, pero pongan atención: aquí no ha pasado nada, ¿estamos? No los expulso porque también me embarré, hay apúntenmelo en el hielo, se las paso pero me la deben sólo observando un buen comportamiento, ¿estamos?”

A su manera, don Polo en el fondo era comprensivo y solidario, yo lo recuerdo con cariño, pues sin ser nuestro profesor, nos enseñó mucho de lo que necesitamos saber y aprender de la vida, y aunque furioso nos gritaba que no teníamos madre, la verdad, con él... tuvimos mucho padre.



Filemón Treviño Trejo y su grupo de amigos en una excursión.

LAS NOVATADAS DE ANTAÑO

Las novatadas estudiantiles consistían en la “cordial bienvenida” que los alumnos del segundo año de preparatoria le daban a los recién llegados de la secundaria. Por principio, los pelaban a tijeretazo limpio, y el que ya venía bien peloncito le iba como en feria, pues se le obligaba a empujar a lo ancho de la calle, de acera a acera, una ficha con la nariz o la boca, pero no era tan fácil, la ficha llevaba una canica y al que se la caía debía empezar de nuevo.

A los demás, se les arremangaban los pantalones para ver quién tenía las pantorrillas más velludas; al elegido se le desvestía, poniéndole una falda corta muy llamativa, un collar estrafalario, aretes llamativos, un brasier relleno con dos globos con agua, se le calzaba con huaraches que mostraban sus pies, se le colocaba una peluca con fleco y cola de caballo, se le pintaban las uñas de pies y manos de color rojo, cejas y ojos, labios y mejillas, y finalmente una blusita sin mangas para que luciera las dos trencitas del pelo que se habían pegado con goma en cada axila. Luego, a la “chica” se le llevaba al restaurante y farmacia Benavides por la calle 5 de Mayo para



La generación 1956-1957 de la Escuela Preparatoria No. 1, a la que perteneció Filemón Treviño, la conformaba un grupo de jovencitos inquietos, pero muy unidos.

que atravesara todo el restaurante y saliera por la calle Juárez, parando coquetamente el tráfico de automóviles.

A la gran mayoría se le formaba en fila sobre la banqueta y desde la terraza del Colegio Civil les llovía frutas y verduras; a otros se les obligaba a participar en una carrera de esquina a esquina, de Washington a 5 de Mayo, calzando zapato de tacón alto de mujer; el que menos caídas sufría ganaba el concurso; los demás teníamos que participar en juegos como brincar a la cuerda, la bebeleche, a los encantados, la matatena. Estos fueron algunos de los muchos juegos de bienvenida en que participaron los alumnos de nuevo ingreso a la preparatoria.

EL CARRITO EUROPEO

Era una tarde calurosa, para tomar la sombra, unos recargados, otros en cuclillas y unos más de pie, estábamos junto al edificio del Colegio Civil, conversando y observando lo que acontecía a los alrededores, en especial, la llegada del profe que salía cada momento que podía a sacarle brillo a su auto Fiat 500 conocido popularmente como Topolino.

En eso, llegaron un camión de mudanza y una grúa, estacionándose junto al Aula Magna; tras enganchar un piano que venía en el camión, la grúa lo levantó lentamente hasta introducirlo por el balcón al Aula Magna, por lo que supusimos que esa noche había evento.

Los choferes de ambos vehículos, tras cumplir su tarea, se alejaron caminando rumbo a la calle Juárez hacia una cantina. Uno de los que estábamos ahí se acercó a la unidad y nos gritó: “oigan, dejaron las llaves pegadas al tablero”. Otro más revisó la grúa diciendo: “yo la puedo manejar”, por lo que un tercero propuso: “vamos a jugarle una broma al profe del Topolino, vamos a meter el mini carro al Aula Magna”. Esto provocó que todos nos pusiéramos de pie. El compañero arrimó la grúa hasta el autito, lo amarramos con las correas de lona y lo izó metiéndolo al edificio. Apenas terminada la maniobra, llegó el profe trapo en mano para sacarle brillo a su simpático auto; pero al no verlo, volteó para todos lados y de pronto soltó el llanto: “muchachos, me robaron mi carrito, qué voy a hacer, los ahorros de muchos años y las privaciones que me impuse para juntar para comprarlo. Y lo malo es que no lo tenía

asegurado porque no tenía dinero, quiero morirme, mi auto”. Con la cabeza inclinada se sentó en una banca sollozando. Nosotros, conmovidos, haciendo de tripas corazón, acordamos decirle la verdad y cuando la supo, nos abrazó a todos y cada uno de nosotros diciéndonos: “gracias hijos, son ustedes unos buenos chicos; la broma estuvo buena, a lo mejor yo hubiera hecho lo mismo si tuviera su edad, gracias, gracias, gracias”.

En seguida bajamos el auto y mientras lo limpiaba, le daba palmaditas cariñosas, volteando a vernos con una cara de felicidad, difícil de olvidar. La broma duró apenas unos minutos, pero trascendió hasta la eternidad.

LA MANO DE LA MUERTE

A finales de la década de los cincuenta, Monterrey era una pequeña ciudad, a los bailes no hacía falta invitar a nadie, de la nada aparecían jovencitas y jóvenes y las reuniones eran un éxito. Cierta ocasión a los estudiantes de preparatoria se les ocurrió hacer una broma macabra. Conseguimos un saco y una camisa, a ambos le dibujamos una mano sobre hombro y espalda, la recortamos y con un cigarro le quemamos el contorno. Esa noche uno de nosotros se vistió con la camisa y el saco, cubriendo la mano con un suéter colocado sobre el hombro. En seguida, a las 12:00 de la noche en punto entró a la casa donde se celebraba el animado baile y gritó: “!Ayyyyyy!, ¡auxilio!, ¡bailé con la muerte! Me quemó, miren”. Al quitarse el suéter del hombro, todos vieron la figura de la mano quemada y gritaron horrorizados. Una muchacha muy bonita exclamó: “por aquí anda, la acabo de ver, corran los va a quemar a todos, es la muerte”. En un dos por tres todos los presentes salieron corriendo horrorizados y se acabó el baile. Ese era el tipo de bromas que hacíamos los preparatorianos de aquellos años.

LAS OCHO NOVIAS

Recién había terminado la Segunda Guerra Mundial y la bomba atómica llevó al mundo a otra época; en Monterrey, aunque pocas cosas habían cambiado, la influencia de la guerra se hizo notar en los bailes de aquellos años. Se decía que como en la guerra murieron millones de hombres, había una población mayor de mujeres y nosotros sacábamos la conveniente cuenta de que nos



Filemón Treviño Trejo, al centro, en una actividad del Club Cardenales.

tocaban a cada uno ocho novias, así que andábamos muy activos a la “caza” de novias. Estaba de moda bailar en el espacio que abarca un mosaico y muy “arreguntaditos”, y si una niña se negaba a bailar, dándonos un cortón; poníamos en movimiento el equipo de la venganza que consistía en formarnos todos en fila y luego uno a uno la invitaba a bailar hasta que hacíamos que dijera que sí, entonces nosotros le decíamos: “viéndolo bien, mejor no”, y la niña salía corriendo del baile. Ellas, vengándose, se negaban a formar parte de los “harems” de ocho novias, pero al final el cazador terminaba por ser “cazado”, y todos caímos en las redes del matrimonio, como debía ser; con una sola noviecita.

EL EXHIBICIONISTA

Hubo un profesor suplente que sólo acudió unas cuantas veces, pero lo recuerdo porque como levantaba pesas llegaba al salón enfundado en camiseta que dejaba ver su musculoso torso y tremendos bíceps. En una actitud de exhibicionista se acercaba a la mesa-escritorio, con el brazo izquierdo sacaba delicadamente el cajón, levantándolo en vilo con los dedos, mientras con la mano derecha tomaba gises y borrador. Ya nos tenía hartos con su espectáculo así que un día

trajimos cuatro pesados ladrillos rojos y los colocamos dentro del cajón, el cual enceramos y aceitamos previamente para que se deslizara fácilmente al abrirlo. Por la mañana, al llegar el profesor y extender su brazo izquierdo para tomar con los dedos de la mano el cajón y levantarlo en vilo, éste se deslizó cayendo los ladrillos sobre su pie izquierdo, mientras su cara se estrellaba contra la mesa. El ruido y sus gritos fueron escuchados por don Polo, quien al llegar al salón dijo: “en la torre, éste ya se dio en toda la mother”, llevándolo rápidamente a la enfermería. Al poco rato regresó don Polo y al caminar por el corredor, levantó el brazo con el puño cerrado y el dedo gordo levantado, carcajeándose, volteó a vernos con una pícara sonrisa de oreja a oreja como diciendo: “bravo muchachos”.

EL TRÍO UNIVERSITARIO

Como parte de un festival por el Día de las Madres, los integrantes del Trío Universitario, terminando de cantar “Ojos cafés”, bajamos del escenario del Aula Magna del Colegio Civil y salimos casi corriendo, pues teníamos que dar 14 serenatas ya pagadas.

Subiendo a mi automóvil estacionado en la placita, le dimos una última revisada a la lista,

checando en el mapa los domicilios, eligiendo el más alejado para empezar: la casa de la mamá de la ex-novia del “Flaco”, con la que hacía apenas un día había terminado su relación, pues andaba chiflado con otra chica, pero arrepentido quería volver con ella y ese era el motivo de la serenata. Al llegar, afinamos bien las guitarras y apenas íbamos a mitad de la canción cuando llegó un automóvil convertible último modelo con la ex novia del “Flaco”. Al vernos, entró de inmediato a su casa y el “Flaco”, tras hacerse de palabras con su rival en amores, se lió a golpes, teniendo que entrar al quite para separarlos e iniciar el recorrido de las serenatas.

Al llegar al domicilio ya nos esperaban, pues salió nuestra amiga y nos invitó a pasar para cantarle a su mamá en su recámara pues estaba enferma. Aquello fue un éxito, porque toda la familia se sumó a entonar las mañanitas. Al retirarnos, nos dirigimos a las siguientes serenatas, pero en una de ellas nos equivocamos de domicilio, porque en lugar de América Norte fuimos a América Sur, y apenas empezamos a cantar: “madre tus hijos te cantan”, salió furiosa una mujer: “infames, cobardes, insultarme así, yo soy una señorita decente, lárguense de aquí”. Corriendo nos subimos al automóvil y arrancamos a la siguiente cuadra, a América Sur, donde riendo iniciamos, ahora sí, en el domicilio correcto, la serenata.

Ya casi para terminar el recorrido se nos ponchó una llanta y al cambiarla se nos recorrieron los tiempos, eran las 6:30 de la mañana y nos faltaba la última serenata.

A las 7:00 que íbamos a iniciar, salió nuestra amiga muy enojada diciéndonos que toda la noche nos estuvo esperando: “mi mamá no está, se fue a la tienda a comprar la leche y el pan” y agregó: “miren, allá viene”. Nosotros corrimos y la acompañamos cantándole hasta la puerta de su casa, la señora feliz nos invitó a desayunar chocolate y donas. Nos la pasamos cantándole y el “Flaco”, que tenía un vozarrón tremendo, le declamó varios versos. Terminamos nuestras serenatas a las 8:30 de la mañana, dos horas y media después de lo planeado.

LA TRAGEDIA DE LA CANCHA DE BACHILLERES

Una mañana los integrantes del Trío Universitario nos hallábamos ensayando en el Aula Magna

pues en unos días participaríamos en un festival, cuando de pronto una chica entró gritando: “corran, hubo un grave accidente en el estadio” (Se refiere a la cancha de bachilleres). De inmediato guardamos las guitarras en sus estuches y nos dirigimos al lugar. Aquello era un caos. Durante la celebración de un juego las viejas gradas llenas de jóvenes se vinieron abajo aplastando a dos estudiantes que habían ido al bebedero a tomar agua. Ayudando en lo que podíamos, pronto llegó la Cruz Roja y empezó a atender a los muchos heridos, subiendo a la ambulancia sólo a los más graves, mientras los camilleros llevaban un cuerpo inerte a un lugar más apartado diciéndonos: “este chico está muerto”. De inmediato varios de nosotros asustados nos acercamos para ver de quién se trataba. Alguien gritó: “es el Güero”. De inmediato me acerqué y me quedé viéndolo impactado.

En eso un profesor me preguntó: “¿lo conoces?”, “sí, contesté, es mi amigo, vivía a la vuelta de mi casa”. “Pues anda, corre, ve a avisar a su familia”. Moviendo la cabeza dije: “no”. “Esto es una emergencia, anda ve avisar a su familia, corre”.

Asustado subí a mi automóvil y partí a la casa del “Güero”. No había nadie en la casa. Al regresar a Colegio Civil me fui por toda la calle Espinosa, di vuelta en Villagrán y en mi desesperación atravesé la Alameda hasta salir por la avenida Pino Suárez, avancé hasta 5 de Mayo y al dar vuelta a la izquierda, la calle estaba llena de cientos de estudiantes y había dos ambulancias de la Cruz Roja, patético espectáculo, inolvidable por lo triste.

EL EXAMEN, UNA ENSEÑANZA DE VIDA

“¡Buenos días jóvenes!, ¿listos para presentar su examen final?”, preguntó el joven profesor. “¡Esto va a ser pura pérdida de tiempo!”, contestó un alumno. “Su materia es facilísima y no nos va a servir para nada en el futuro; además todo, todo lo que nos pregunte, se lo contestaríamos como de rayo y tendríamos 100”. “Si profe –replicó otro alumno–, con su perdón y sin querer ofenderlo, esta materia que usted nos da no nos llena, porque está de relleno”. “Yo ni la estudié, es un insulto a mi inteligencia, pues me sé todo el libro, desde la primera hasta la última página”, contestó otro alumno.



El grupo de jovencitos se transformó en una élite de caballerosos estudiantes que a finales de la década de los años cincuenta trasciende la adolescencia madurando durante su ciclo escolar.

“Yo opino lo mismo –dijo una de las jovencitas del grupo– y propongo el que nos ponga un examen oral para acabar pronto con esta materia inservible”.

El maestro visiblemente contrariado musitó en voz baja: “esta materia de relleno como ustedes la llaman, forma parte esencial del plan de estudios que aprobó la Dirección General de Preparatorias, pero si insisten en su posición, creo que podría darles el gusto”.

“Sí, sí, –gritaron a coro los alumnos–, usted sabe que todos sacaremos 100, pregunte lo que pregunte, pues la materia es tan inútil que resulta ser más que fácil, es un insulto a nuestra inteligencia”.

“¿Les gustaría un examen oral?”, “¡claro profe!”, contestaron varios, “acabemos con esta pérdida de tiempo, pero ¡ya!, órale”.

Pensativo el joven profesor, se nos quedó mirando casi a cada uno de nosotros, y tras suspirar profundamente nos preguntó calladamente: “¿aceptarían que el examen constara de una sola pregunta para todos? Sería un examen que duraría menos de cinco minutos”. “Sí, sí”, gritamos todos emocionados, felices porque creíamos haber convencido al profe de lo inútil del examen.

Sereno; el profe, luego de respirar hondo y profundo, dando un paso hacia adelante, como los toreros cuando se van a tirar a matar dijo: “les voy a hacer una sola pregunta para todos, y bastaría con que uno sólo de ustedes la conteste acertadamente para que todo el grupo pase el examen. ¿De acuerdo todos?” “Sí”, contestamos casi en coro.

Todos lo miramos con una sonrisa pícaro, lo habíamos convencido fácilmente; así pues, nos preguntó casi en secreto, con una voz serena: “¿cuántas páginas tiene el libro que estudiaron para este examen?”

Un silencio sepulcral, ojos desorbitados, bocas abiertas, cuerpos semiparalizados invadieron el salón de clases. El aula parecía estar vacía, la sorpresa de la pregunta impactó a todos, los inteligentes y sabiondos, que con la mirada perdida y un rictus de pánico contenido, parecían estatuas, pues la parálisis facial y física impactó a todos por igual, que tensos y demudados, miraban al vacío.

Uno a uno se fueron sentando en sus sillas, mientras el profe caminaba muy lentamente entre todos, a la vez que recogía los exámenes y finalmente, al llegar a su escritorio rompió el silencio diciendo: “esto fue

resultado de un acuerdo caballeroso propuesto por ustedes”.

Enseguida se retiró; y yo al ver que se le había caído un examen, me levanté, fui a recogerlo y lo seguí para entregárselo. “Gracias”, me dijo y agregó: “¿me acompañarías hasta mi casa?, vivo aquí cerca”. Tras decirle que sí, me puso la mano en el hombro como apoyándose en mí y al llegar a su casa, al darme las gracias, me miró con una infinita tristeza, que nunca he olvidado, diciéndome: “todos ustedes reprobaron el examen por prepotentes, pero díles a tus compañeros que todos van a pasar con el promedio diario, no habrá ningún reprobado”.

Al regresar les di la buena noticia a todos y no la podían creer; de todos modos propuso una de las chicas: “creo que esto que pasó fue vergonzoso, debemos callarlo por al menos 50 años, que no se sepa hasta transcurrido ese tiempo, pues quizá para entonces, muchos de nosotros ya habremos muerto, juremos que esto será un acuerdo caballeroso, ¿aceptan?” “Sí”, dijimos todos en coro: “callemos lo sucedido por 50 años, después ¿quién le creería a un anciano que, después de transcurrido ese lapso de tiempo, revelara lo sucedido?”.

Al volver a clases, me avisaron que tenía que ir a la dirección de la Preparatoria. Así que fui y al presentarme, la secretaria me dijo: “el director quiere hablar contigo”. Lleno de pavor, me acerqué al temido No. 1 quien, al verme me dijo: “gracias por venir, tengo algo muy importante para ti”, y llevándose la mano a su saco, extrajo de su bolsillo una carta, entregándomela solemnemente. “Compártela con quienes tu sabes, es todo”.

Salí asustado y lleno de pesar; al verme mis amigos me preguntaron: “¿te expulsaron?” “No, es algo para todos”, contesté. “¡Ya!, suéltala, ¿de qué se trata?” “Murió el profe y me dejó una carta para todos, la leeré”:

“Filemón, cuando tengas esta carta en tus manos, ya tendré tiempo de haber muerto de diabetes; léeles a mis alumnos lo siguiente, gracias.

“Cuando la oportunidad esté ante ustedes, atrápenla, no la dejen ir porque jamás volverá”. Hoy, a casi 60 años de ocurrida esta anécdota, la conservo como un hermoso recuerdo de lo que es la vocación magisterial, pues como él sabía que su muerte estaba próxima, nos legó una enseñanza digna de vida.



Filemón Treviño junto a Joaquín A. Mora y Roque González Salazar.